

EDITORIAL

NO BASTARON LAS REJAS

Hace ya algún tiempo —a raíz de disposiciones federativas sobre la exigencia de contornear con alambradas los campos de fútbol— y desde estas mismas páginas, mostrábamos nuestra disconformidad por lo que suponía de afrenta al deporte la tal medida, al propio tiempo que adelantábamos las dudas sobre la posible eficacia de la misma... El tiempo se ha encargado de darnos la razón.

Se mezclan demasiadas circunstancias oscuras en el deporte, ensuciándolo. Ejercen decisiva influencia numerosos grupos de presión que, —con total desprecio de las normas éticas que deben presidir cualquier manifestación deportiva—, vienen confundiendo la noble y generosa pugna de ambiciones y objetivos puramente lúdicos, con la desleal y egoísta manipulación de intereses políticos y económicos que nada tienen que ver con el deporte.

Forman legión los miles de espectadores —me niego rotundamente a titular de AFICIONADOS— que de forma vergonzante, jornada tras jornada, proyectan en todos los recintos deportivos del país sus fracasos y frustraciones personales, en una clara demostración de locura colectiva, irracionalmente visceralizada.

Me niego a aceptar el pobre y ridículo consuelo de que la violencia y la deshonestidad no son patrimonio exclusivo de nuestro deporte, acudiendo a escenas o hechos acaecidos en otras geografías. El buscar equiparaciones entre lo inhabitual y esporádico, con lo que entre nosotros es habitual y diario, creo supone motivo suficiente para el rechazo de disculpas o justificaciones. Pero en último término, estén o no internacionalizados, los hechos reprobables lo son siempre, aquí y en donde sea.

Pienso que un país que no necesitó hasta ahora rodear de vallas sus campos deportivos pese a que en muchos periodos de su historia vio cohartadas sus libertades de expresión, resulta incomprensible que en estos momentos, cuando más o menos las tiene garantizadas y abiertos cauces suficientes para manifestarlas, deba recurrir al cobarde recurso de la agresión y del insulto anónimo o a una triste y vergonzosa manifestación masiva de histeria colectiva.

No entiendo cuál es la causa de que hoy (cuando es relativamente fácil satisfacer vocaciones políticas —quizás sea el último reducto laboral con puestos de trabajo libres— y es más necesario que nunca la intervención en nuestra economía de hombres de empresa agresivos —que no violentos— y con imaginación), continúe siendo el deporte campo de experimentación codiciado para el juego de líderes y empresarios... quizás, y esto es lo peor, porque sus alas no se prestan para más altos vuelos.

Pero a la hora de intentar desapasionadamente analizar las causas que han llevado al deporte a esta situación, no basta con señalar los protagonistas: Los dirigentes y la 'MASA... ¿Me olvido de los practicantes, de los deportistas? No, no me olvido. Lo que sucede es que éstos son, en la baraunda del espectáculo deportivo, meros comparsas; aunque evidentemente, la calidad histriónica de algunos, también tenga algo que ver con varios de los lamentables hechos que tan frecuentemente ensucian las páginas de la historia del deporte en este país.

Por descontado que podríamos extendernos en consideraciones de orden sociológico que sin duda explicarían muchas de las cosas que suceden en los despachos directivos, en las gradas de las instalaciones deportivas, y que quizás podrían remontarnos a niveles dialécticos de crítica de todo un sistema social en vigencia. Pero creo que hoy estamos obligados, los que de verdad amamos el deporte por el deporte, y no entendemos de sofisticaciones sociológicas más o menos argumentadas, plantear las cuestiones a nivel del "hombre llano" en el que todos podamos entendernos.

Se hace preciso e inaplazable el que, de una vez por todas, sea despolitizado el deporte, dejando de ser "banderín de enganche" de una masa alucinada por ideologías —respetables en su filosofía de base, no lo dudamos— para las que aquél no es más que un económico y rentable señuelo. La actividad deportiva debe ser, como lo es en todos los países libres, un derecho de todos los ciudadanos, y no el patrimonio exclusivo de un determinado programa político.

Es urgente también concienciar al país de la necesidad educativa, higiénica y social de la práctica deportiva, fomentando ésta desde los primeros estadios de la vida del niño hasta la tercera edad y poniendo a su disposición todos los medios posibles, tanto materiales como, y sobre todo, humanos.

Es necesario no despilfarrar una peseta más en instalaciones suntuosas de impresionantes graderios. Hay que ir a la construcción de recintos deportivos de carácter social, abiertos a la comunidad, planificados de cara a una mayor rentabilidad de uso y no de disfrute de espectáculo.

Es obligado que a dirigir los destinos del deporte vayan los hombres del deporte, sin servilismos políticos ni mediatizaciones económicas.

Es posible que medidas de este tipo habrían de chocar con la incomprensión y el egoísmo de muchos altos estamentos deportivos del país con una visión oscura o errónea de lo que es el deporte. Es probable también que durante algún tiempo nuestro nivel deportivo —medido en éxitos internacionales de alambicada consecución— se ubicara entre los modestos límites que por lógica le corresponden. Lo que sí es seguro es que un deporte así concebido respondería con mayor exactitud a los intereses de un pueblo; sería fiel exponente de la realidad deportiva del país sin alharacas ni fuegos de artificio, y supondría el resultado de un esfuerzo colectivo de superación a través de una masiva participación.

Es seguro también que lo que las rejas no pudieron evitar, si lo hiciera el sentimiento comunitario de una actividad en la que todos pudiéramos sentirnos protagonistas y, en último término, únicos responsables.

J. G.

NECROLOGICA

CAMUÑEZ HA MUERTO



Aunque hacía años que lamentablemente preveíamos su final —estaba mortalmente herido desde un principio— la muerte no deja nunca de ser sorprendente e inesperada, por no deseada.

En esta ocasión, la sorpresa ha sido mayor pues hacía tiempo, demasiado quizás, que no sabíamos de él, y la noticia de su muerte nos llegó a través de las páginas de una publicación médica varios días después... Si alguna vez habías creído Carlos (como preferías te llamáramos), que mis insinuaciones sobre la cósmica distancia que a veces se exageradas, ahora puedes cerciorarte

de la veracidad de las mismas.

Resulta harto difícil en estos momentos expresar en pocas líneas el profundo sentimiento de dolor que tu definitiva ausencia ha causado entre nosotros. Es posible que nuestras profundas discrepancias propiciaran desde hace muchos años un aislamiento que nunca a nivel personal hemos deseado, y que ahora tu muerte ha hecho irreparable.

A la seriedad y dramatismo de una última despedida no le va el anecdótico afable de puro trámite, ni el respeto al amigo muerto permite recriminaciones del pasado: Es preferible quedarnos con tu imagen real, como eras y fuiste siempre, sin halagos y sin enojos.

Te conocí personalmente en una vieja Casa de Socorro de Madrid, el tema era ya la Medicina Deportiva. Te proponías dar seriedad a las revisiones médicas y a los controles de entrenamiento de los atletas. Por primera vez en el deporte español la figura del médico tomaba relieve en algo que no fuera patología, y por primera vez también se incluía en un presupuesto federativo la tarea profesional de un facultativo... Duró poco, como casi todas las cosas en este país, pero se ha de convenir que el «relámpago» de esperanza se debió a ti.

Posteriormente todos te hemos conocido, tratado y discutido al frente de la Federación Española de Medicina Deportiva y del Servi-

cio correspondiente en la antigua Delegación Nacional de Deportes. Tu socarronería gaditana, aderezada con los mil aires de la geografía española que respiraste, pudo dar la impresión de que nunca te tomaste en serio demasiadas cosas, aunque, valga la paradoja, fuiste dejando jirones de ti mismo en cada curva del camino.

Lo que creemos empezó para ti como un juego, —la Medicina Deportiva—, lo convertiste después en algo fundamental en tu vida y hacia el final fue una de tus razones para seguir viviendo.

Llevaste la Medicina Deportiva en una carpeta bajo el brazo, pero nadie, ni antes ni después de ti, fue capaz de hacer lo que tú hiciste. Con tu testarudez, con tu «savoir faire» político conseguiste para la Medicina Deportiva lo que ni el más optimista podía haber imaginado, aunque no sé si, impensadamente, estabas edificando un castillo de naipes, del que tú mismo lamentablemente viviste su derrumbamiento.

Fuiste extremadamente receloso con los que te rodearon, desconfiaste de todo y de todos —posiblemente con fundamento— pero esto te obligó en muchas ocasiones a caminar solo... Esto fue uno de tus grandes errores, porque tu soledad fue un problema de incomunicación y desconfianza.

Desde esta Revista que nunca gozó de tus preferencias, debes reconocerlo, —aunque también es verdad tampoco la opusiste resistencias importantes—, queremos **tus amigos catalanes** dejar constancia de nuestro sentimiento, plasmando en letra impresa el recuerdo permanente de tu personalidad contradictoria pero plena de contenido humano.

Jesús Galilea.